

Los relámpagos nupciales en la corte
Sobre mares donde nadan sus guantes adivinos
Y donde es continente la champaña.

<https://doi.org/10.29393/At409-149PMAT10149>

ALDO TORRES

PAJAROS MUERTOS

Pienso en mi corazón cuando los veo.
Degollados, de súbito, sus vuelos:
son los pájaros muertos.
La medianoche abajo,
predican con espanto
la presencia del viento.

Lamen la calle con sus alas rotas,
orantes de algún Dios desconocido.
Hondo en su tumba el corazón solloza
con terrible esperanza de olvido.

Son los pájaros muertos.
Desde obscuro rincón huye algún perro.
No sé ya más cuando volar los veo.

Son los pájaros muertos.

Se alzan enormes y majestuosos,
traída majestad de los infiernos.
Su rodante visión cubre mis ojos.
Son los pájaros muertos.

Y vuelan, despedidos, contra todo.
Sus alas van, pesadas, por las piedras.
De un horizonte a otro horizonte, roto,
el latido revienta y los estrella.

Son los pájaros muertos.
Vuelan ellos.

CORBAN

Rapsodias

I

No es raro que le silben serpientes en los ojos.
Mantiene relaciones desconocidas con las cosas.
Para ir a las estrellas y a los astros
cava al pie de los árboles.

Lo he visto. Sí. Lo he visto
arrancarse del pecho una alcancía.
Paso que da es otro hombre
que emerge de su estampa,
pues vive en actitud de puerta
siempre abriéndose.

Mirarle andar obliga, fuerza a lo infinito.
Sus andanzas son pueblo. Son claro regimiento.
Cómo no abrirle calle, si da continuidad a las estatuas.
Cómo no asir el cielo en sus miradas,
si cae en ellas uno como espacio en su abismo.
El ruido no se quiebra, se labra en sus oídos.
Hay un vital espejo de agua viva
en las palmas cordiales de sus manos.

No más. Ni tiene ausencias.
Su adiós empequeñece al mundo,
pues toda vastedad anima de caminos.
Da la verdad de nuestro morir eternamente,
de nuestra eternidad, raíz de nacimiento.
Un árbol le socava las entrañas
y da en esparcimiento sus venas por el aire.
Es todo un manto de humus
sobre la tierra madre.

II

Pues, soy así: Me paro en las esquinas.
Viajo en el corazón de los viandantes.
Me da calor y sed la fiebre del trayecto.
Gano mi pan pequeño, de difícil arribo,
siempre cansado, preso de extraño ministerio.
Me ayudan los relojes peregrinos
desde los almacenes y boticas.

Por las tardes opacas del invierno
me sacudo el cristal de la rutina
buscando un alma nueva en libros viejos.

Pues, así son mis días:
Una semilla de contentamiento
que germina, que crece y se alimenta
en un alrededor de gris y angustia,
en un campo de cielos invertidos
y precipitaciones florecidas,
que a la postre son hiel imaginada.

Así no será en vano definirme
con un sentido de aire, de viento, de tormenta.
Miro hacia adentro y la visión se expande:
Un camino va lejos. Bate cerros su azada.
Tala bosques, rojeando, su guadaña.
A sus orillas soy un cardo sin familia,
Cristo de rostro azul verdecido de espinas.

III

Corbán... Corbán debe estar triste.
Peregrinará las noches.
Es su felicidad, dice una de las voces.
Responde un eco: Y su amargura.
Y de un silencio, afuera, sin estrellas,
surge el grato fantasma del recuerdo.

Seguramente escribe detrás de una ventana.
Oírás silbar los trenes en la noche,
conmovido de viajes sin derrota.
Su olvido de nosotros, en él, es el latido
más hondo, más intenso que algún rostro extraviado.
Una velocidad de luz en este instante
será mi voz atravesando el alma.

¿Cuál ha de ser su senda en estas horas?
Horas de templos clausurados, los faros extinguidos.
La noche pesará sobre su espalda,
hasta arrojarle en negros precipicios.
Se apagará una lámpara en su nombre.
La muerte hará un descanso en su camino.
Tendremos que golpear, sin esperanzas,
contra su pecho todo endurecido.

¡Corbán! Cuánto dulce llamado será en vano.
Un eco mudo tornará a nosotros
y nos penetrará su aliento frío.
¡Caballero del cielo,
lleguen hasta Corbán nuestros suspiros!

OTOÑO ENCUADERNADO

V (2)

Mi padre se ha expresado entre palabras
móviles, desasidas del ambiente:
“Ya ha llegado el vagón para las cosas . . .”.

Yo miro las paredes, paseo de las moscas.
Desnudas, ya no cuelgan,
de los clavos ausentes,
los cuadros y retratos de personas amigas
por quienes pregunto:
“¿Se murieron o mueren todavía?”.

“Ya ha llegado el vagón . . . Mañana
lo cargamos”.

Se irán las cosas y en sus huellas
nos iremos muriendo
con el mismo sentido de las piedras.

VII

El alba me ha nacido en otro pueblo.
Pueblo caído al corazón del campo.
Pájaro que alguien mata sobre el vuelo.

Pueblos grises del sur, pero habitantes
seguros de mi canto
que siembra eternidades,
sin descanso,
sobre la ruta de los avatares.
Pueblos grises del sur, pero
¡cuán bellos!
¡Oh, bellos aledaños
de los pueblos sureños!

Allí —desnudo espíritu, a tus anchas—,
yo partía
por delgados senderos
y traía
apretados regresos
de poesía,
y al llevarlos, apenas por las calles calladas,
¡pueblos del sur, oh pueblos grises!,
daban golpes de flor contra las caras
de la gente insensible.

Porque mi amor del aire me llevaba
a derramar mis días, solitario,
por potreros y bosques de esmeralda,
como si hubiese muerto algún hermano.
Pero siempre volvía,
pueblos grises, cansado,
pues las aves de arriba
tienen nidos de barro.

LV

Retumban en la galería
los débiles latidos
de mi hermano menor.
A pasos quedos se aleja
del lecho en donde,
el niño, en él,
moría entre la nueva
violencia de sus huesos.

GONZALO ROJAS

OROMPELLO

Que no se diga que amé las nubes de Concepción, que estuve aquí esta década
turbia, en el Bío-Bío de los lagartos venenosos,
como en mi propia casa. Esto no era mi casa. Volví
a los peñascos sucios de Orompello en castigo, después de haber dado
toda la vuelta al mundo.